

Luis Camacho Naranjo

Constantino Láscaris y el desarrollo de la filosofía en Costa Rica

Resumen:

Después de una breve biografía de Constantino Láscaris analizamos varias formas en general en las que el pensamiento de un filósofo influye en una sociedad, para así comprender mejor la profunda influencia de Láscaris en Costa Rica. Esto nos lleva a considerar la manera como Láscaris se integró en el país de adopción como si fuera un nativo. El análisis de su pensamiento nos muestra su defensa del liberalismo, y su afinidad con el existencialismo de Sartre y Heidegger.

Palabras clave: Láscaris, Costa Rica, metafísica, liberalismo, existencialismo.

Abstract:

After a short biography of Constantino Láscaris, we consider in general the various ways in which a philosopher's thought can influence society, so that we can better comprehend Láscaris's profound influence in Costarican life. This helps us to appreciate the philosopher's integration in the life of his adopted country, where he became an insider. An analysis of his thought shows us his defense of liberalism, and his affinity with Sartre's and Heidegger's existentialism.

Keywords: Láscaris, Costa Rica, metaphysics, liberalism, existentialism.

1. Dos paradojas con una sola solución

La filosofía como actividad profesional no empezó en Costa Rica con Constantino Láscaris-Comneno Micolaw (1923- 1979), pero fue él quien dio relevancia y tal vez rescató del olvido a algunos de los pensadores anteriores y contemporáneos en sus obras *Desarrollo de las ideas en Costa Rica* (1962), en las páginas de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* y en trabajos en otros muchos medios. Fue también él quien dio vitalidad al quehacer filosófico en el país que lo acogió en 1956 y donde murió inesperadamente¹ en 1979 a la temprana edad de 56 años. Declarado Benemérito de la Patria por la Asamblea Legislativa en 1998, Láscaris forma parte tanto del patrimonio cultural del país como de sus leyendas urbanas², a pesar de los años transcurridos desde su muerte (González 2009, 53-54).

De modo que hay un antes y un después en la filosofía en Costa Rica marcado por la

actividad de un inmigrante nacionalizado, de alguien ajeno que muy pronto llegó a ser propio. Apenas unos meses después de su llegada a Costa Rica en 1956, el Rector de la Universidad de Costa Rica -quien lo había contratado para dirigir la cátedra de Introducción a la Filosofía en la recién creada Facultad de Ciencias y Letras- lo describe como “ya costarricense, por lo menos en el ánimo de cuantos hemos podido apreciar, en los pocos meses en que ha convivido con nosotros, la manera delicada con que trata de adaptarse a la manera nacional de ser, pensar y comportarse [...]” (Facio, 1957, 5).

Varias entidades de gran impacto para la actividad filosófica en el país empiezan a existir entre 1956 y 1958: el departamento de filosofía en la Universidad de Costa Rica (1956), la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (1957) y la Asociación Costarricense de Filosofía (1958). Desde su inicio el nombre de Constantino Láscaris es inseparable de las tres entidades, que siguen existiendo hasta nuestros días, aunque ahora en vez de un departamento

funciona la Escuela de Filosofía. Esto es lo que da sensación de paradoja: la filosofía en el país no empezó con Láscaris, pero su presencia y actividad sirvieron para resaltarla y quizá rescatarla, y por eso se tiene la impresión de que hay algo importante en la historia del país que empezó con él. Publicaciones y asociaciones de filosofía se han creado desde hace muchos años en numerosos países; en pocos han tenido una trayectoria tan larga y consistente como en Costa Rica.

Hay una segunda paradoja: aunque generalmente se considera a Láscaris uno de los más importantes filósofos en Costa Rica, no existe una obra suya que contenga su pensamiento filosófico de un modo global y como tema central, a diferencia de lo que ocurre con otros filósofos costarricenses como Roberto Murillo, Teodoro Olarte o Claudio Gutiérrez. Escribió mucho sobre temas variados y sobre las ideas de otros, pero sus ideas filosóficas están desperdigadas en medio de opiniones sobre muchos asuntos sin que él las haya recogido en algún libro que se pueda considerar la exposición sistemática de su visión del mundo y de la sociedad³. Para encontrar sus convicciones (v.g. metafísica, liberalismo, nacionalismo) y conocer los autores que valoró positivamente o que le interesaron (presocráticos, Platón⁴, Descartes, Ortega y Gasset, Sartre, Heidegger) y aquellos con los que explícitamente no se identifica (escolásticos, pragmatistas, positivistas, hegelianos)⁵ tenemos que escudriñar en numerosas páginas. Escribió dos libros sobre el desarrollo de las ideas en el país y en el istmo, pero le faltó un tercero con el desarrollo de sus propias ideas.

Las dos paradojas con que hemos empezado este recuerdo de Láscaris encontrarán una solución conjunta, aunque parcial, cuando finalmente se haga una edición de las obras completas acompañada de una biografía autorizada que contenga su trayectoria intelectual, más una bibliografía exhaustiva. Entonces tendremos una fuente segura a la cual acudir, como afortunadamente es el caso de otros pensadores importantes de nuestro país.

2. Vida y obras

Iniciemos este trabajo con los datos biográficos y bibliográficos de Láscaris-Comneno, para luego pasar a desarrollar tres temas: las maneras como pueden los pensadores influir en la sociedad, la transformación de un extraño o ajeno en alguien propio, y las ideas fundamentales del autor que estudiamos. Dentro de este último punto analizaremos la relación entre el pensamiento de Láscaris y la realidad política en la que vivió. Más en concreto, nos preguntaremos si fue el ideólogo de la derecha en Costa Rica, como alguna vez he oído decir.

Constantino Láscaris-Comneno nació en Zaragoza, España, el 11 de setiembre de 1923. Fue hijo de Eugenio Lascorz y Labastida, quien cambió sus apellidos por Láscaris Comneno antes del nacimiento de sus hijos e hijas, aduciendo que Lascorz era una modificación del apellido griego Láscaris, que según él era el de sus antepasados. La madre de Constantino se llamó Nicasia Eudice Micolau, pero también sus apellidos fueron cambiados para que aparecieran como Mikolaw y Traver, supuestamente de origen eslavo. Eugenio Lascorz y Labastida, o Láscaris Comneno, quien era un abogado nacido en Zaragoza en 1886 con amplia participación como procurador en tribunales militares después de la guerra civil, empezó de esta manera un largo proceso de reclamo de los derechos derivados de la discutida condición de descendiente de la noble familia griega Láscaris, y logró los cambios legales necesarios hasta un año antes de su muerte en 1962, cuando un fallo judicial le ordenó volver a usar los apellidos Lascorz y Labastida de la infancia⁶. Este fallo no tuvo efectos por lo menos en Costa Rica, donde Constantino y luego sus hijas y nietos conservaron y conservan el apellido de nacimiento. Sobre el asunto de las pretensiones dinásticas al trono de Grecia del padre de Constantino, que dieron lugar a la idea repetida en Costa Rica de que estaba entre nosotros un príncipe de una dinastía de larga trayectoria, no entraremos aquí en detalle. De todos modos, para conocer de cerca a la persona e ideas de Constantino Láscaris no hace falta considerar

este aspecto, pues hasta donde recuerdo él no parecía darle importancia a tal reclamo ni lo invocó para sí mismo. Nada más nos interesa señalar que cuando nació el segundo hijo de Eugenio y Nicasia el 11 de setiembre de 1923, fue inscrito como Constantino Juan Alejo Láscaris Micolaw. “Commeno” fue añadido posteriormente. Antes de viajar a Costa Rica contrajo matrimonio con Elena Slepuhine Rudikowskaia, a quien conoció en París y con quien tuvo dos hijas, Ana y Tatiana⁷.

Constantino hizo la secundaria y empezó sus estudios universitarios en Zaragoza; se trasladó a la Universidad Central en Madrid (ahora llamada Complutense) para el curso 1943-1944. Allí se doctoró en Filosofía con la tesis *El pensamiento filosófico de Quevedo*, dirigida por Santiago Montero Díaz y por la cual en noviembre de 1946 obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado. Aparece nombrado profesor adjunto en la Facultad de Filosofía y Letras de dicha Universidad para el periodo 1949-1952, nombramiento prorrogado por cuatro años más. Sin embargo, renunció a ese puesto en agosto de 1954. Con la ayuda y protección del filósofo Manuel Mindán Manero, aragonés como él, fue nombrado en el Instituto de Filosofía Luis Vives, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Sus primeros escritos en filosofía pertenecen a este periodo en España y a ellos volveremos más adelante.

Al otro lado del Atlántico, la reforma de la Universidad de Costa Rica a partir del II Congreso Universitario de 1956 llevó a su Rector, Rodrigo Facio Brenes, a invitar a Láscaris para que se trasladase a Costa Rica, sin que sepamos cómo se enteró el rector costarricense de la existencia del investigador español. La invitación le llegó a través del embajador de Costa Rica en España; Láscaris llegó a nuestro país en 1956⁸. Nacionalizado costarricense en 1968, pasó todo el tiempo en el país de adopción desde su llegada hasta su muerte, con excepción de un semestre en 1964 como profesor invitado en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras dentro de un programa de intercambio con la Universidad de

Costa Rica, y de viajes a congresos en Guatemala (1964), Canadá (1967), Argentina (1968) y Venezuela (1977). Entre otras muchas instituciones, sus actividades se vinculan con la Universidad de Costa Rica, la Asociación Costarricense de Filosofía, la Universidad Nacional, el canal estatal de televisión, la Asociación Nacional de Fomento Económico y otro canal de televisión, en cuyo noticiario vespertino se incluían sus breves comentarios semanales sobre alguna noticia que a él le parecía digna de análisis⁹. Láscaris no fue el único profesor extranjero contratado dentro del marco de la reforma universitaria de 1956, pero sí fue el único que se radicó y murió en el país.

Además de su participación en la creación de las entidades ya señaladas, en la Universidad de Costa Rica Láscaris fundó y dirigió el Instituto de Estudios Centroamericanos, de corta duración. En la Universidad Nacional también estuvo relacionado con la fundación y funcionamiento del Instituto de Teoría de la Técnica, revista *Prometeo* contiene en los primeros números algunos de los ensayos más tempranos que se conocen sobre filosofía de la tecnología¹⁰.

En ausencia de una edición crítica de las obras de Láscaris, tenemos que limitarnos a hacer una recopilación de sus publicaciones conocidas y a tratar de organizarlas según tiempo y tema. En cuanto al tiempo, al periodo en España -además de su tesis cuya doctoral-corresponden artículos y ediciones de textos que aparecen mencionados con falta de detalle en algunos de sus escritos. En *El costarricense* (1975: 478) Láscaris escoge para la lista de sus publicaciones una edición de textos publicados por colegios mayores (Madrid 1952), una obra titulada *Filosofía Española* (Madrid 1955) y otra con el nombre *Ensayos sobre Educación* (Madrid 1956). No añade los datos de edición de estas obras, pero hay una amplia reseña de *Filosofía Española* en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 4 (julio-dic. 1968), 186-7. El autor de la reseña es Joaquín Carreras Artau; la obra reseñada apareció en Madrid, Ediciones Rialph, y es una colección de textos de Marcelino Menéndez Pelayo, con una

introducción de Láscaris. Dice el reseñador: “A la selección de textos antecede una extensa Introducción, en la que el profesor Láscaris indaga de raíz la viabilidad y el posible sentido de una Historia de la Filosofía Española. Notoriamente, la iniciativa de Menéndez Pelayo ha triunfado en toda la línea”. Veremos más abajo lo que eso significa.

Años antes de la lista que aparece en *El costarricense* Láscaris se refiere a publicaciones suyas hechas durante este primer periodo en Madrid. La cita se encuentra en una reseña que aparece en el no. 20 de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (enero-junio 1967), página 127. Mencionamos esta reseña en otro lugar por otro motivo; aquí nos interesan las siguientes líneas: “Cinco estudios y una selección de textos, creo que muestran por mi parte una dedicación bastante intensa al conocimiento y divulgación de la obra del polígrafo, e incluso tomándolo en cierta consideración como pensador”. Se refiere a Marcelino Menéndez Pelayo. Desgraciadamente Láscaris no da más datos sobre esos “cinco estudios y una selección de textos”, que podrían ser los que aparecen arriba con la indicación de “Madrid 1952” o quizá sea la selección de textos con introducción aparecida en 1955. Además, en la autobiografía que incluye en *Cien casos perdidos* (1983: 26) afirma que en el periodo en el que fue investigador en el Instituto de Filosofía en Madrid “[...] publiqué mucho, sin duda demasiado”. Pero de nuevo echamos de menos más detalles. Cuando ya estaba en Costa Rica aparecieron en España dos libros más, cuyos títulos sin datos editoriales se incluyen en la sección “Libros Recibidos” del número 8 (1960) de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, página 440. Se trata de *La Paideia byzantina a través de la “Alexiada”* (Madrid 1959) y *San Agustín, educador* (Zaragoza 1960).

En esa misma lista al final de *El costarricense* Láscaris incluye dentro de lo publicado en Centroamérica *Teoría de los Estudios Generales* (1958), *Concepto de filosofía y Teoría de los Métodos del Pensamiento* (1959), *Fundamentos de filosofía*

(1961), *Desarrollo de las ideas en Costa Rica* (1962), *Estudios de filosofía moderna* (San Salvador, 1966), *Historia de las ideas en Centroamérica* (1971) y *De Salomón a Demóstenes Smith* (1971). Obviamente faltan aquí otras obras de esos mismos años, como la *Antología* (1957) y su traducción con comentarios del *Discurso del Método* (1961), ambas publicadas por el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.

A esta lista hay que añadir *Palabras* (1976), que recoge algunos artículos ya publicados y textos de conferencias. Después de su muerte vieron la luz varios textos inéditos. Primero apareció *Cien casos perdidos* (1983), recopilación de artículos publicados casi todos en el diario *La Nación*, precedidos por un prólogo del autor que lleva como fecha enero 1979. Con motivo de los diez años de su muerte, la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* publicó un número extraordinario (vol. XXVII, no.65) con el texto “Las ideas en Centroamérica de 1838 a 1970”. En el Prólogo el autor nos dice que esta obra es una continuación de *Historia de las ideas en Centroamérica*. Así es desde el punto de vista cronológico, aunque el estilo es diferente: mientras en la primera obra Láscaris incorporó gran número de temas, en esta continuación el tono es mucho más académico. En la recopilación de libros filosóficos costarricenses hecha por Alexander Jiménez que aparece en el número 87 de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* el lector puede encontrar algunas referencias adicionales (271-287).

Merecen especial atención sus numerosas reseñas en los primeros números de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, porque nos permiten conocer sus opiniones y pasiones tanto o más que artículos más largos y elaborados. La reseña ya mencionada (*Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 20: 127-8), en la que defiende con vehemencia la libertad de pensamiento a propósito de Ortega y Gasset, contra alguien que proponía la inhabilitación de sus seguidores, nos revela su actitud ante los

intentos de impedir la discusión libre de autores e ideas. La obra reseñada por Láscaris tiene por autor a Cesáreo Rodríguez y se titula *El “esfuerzo medular” del krausismo frente a la obra gigante de Menéndez Pelayo* (Oviedo, Implá Cruz, 1961). Aunque hoy nos parezca imposible, dicha obra propone la exclusión social y la prohibición de la enseñanza pública a quienes profesen las ideas de Ortega y Gasset. Ya indicamos que esta breve reseña resulta muy importante para la recopilación de la producción bibliográfica del autor por la mención que hace allí Láscaris de sus estudios sobre Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) y de la edición de textos de dicho autor, cuya intolerancia hacia todo lo que se apartase de la ortodoxia católica fue tan notable como su asombrosa memoria, capacidad de trabajo y volumen de publicaciones. La prohibición que propone el autor reseñado para las ideas de Ortega y Gasset encaja dentro de la intolerancia que uno encuentra en Menéndez Pelayo, uno de los autores más apreciados por el régimen franquista. Al hablar de cinco estudios sobre Menéndez Pelayo y de una edición de sus textos, Láscaris nos está diciendo que conoce el pensamiento del autor del que habla. Por eso es reveladora dicha reseña en cuanto nos permite vislumbrar el ambiente de imposición de una visión filosófica con represión de las demás que caracterizó al periodo franquista en España, y que conocí de primera mano nuestro autor, y también conocí yo en mis años de estudios en aquel país entre 1959 y 1967. Las referencias al ambiente de tolerancia que encontró en Costa Rica –por ejemplo, en “Mi primer testamento”, en el primer número de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, y al comienzo de *Palabras*- adquieren así una dimensión personal más profunda.

3. Influencia de las ideas.

Recordar la persona y las ideas de Constantino Láscaris-Conmeno, cuya influencia en el pensamiento costarricense es innegable, nos lleva a plantearnos una pregunta importante y más general: ¿cómo influyen en los demás las ideas de un pensador?

Una manera frecuente es por la fuerza: si un régimen político considera que solo una visión de la realidad es permisible, entonces quienes formularon esa manera de pensar influyen sobre toda la sociedad, cuya vida cotidiana queda determinada por tales ideas sin que los individuos puedan opinar libremente al respecto. Las demás maneras de pensar se excluyen y persiguen. Durante la dictadura de Francisco Franco en España (1936-1975), en la época que conoció Láscaris como estudiante y joven profesor, solo la filosofía aprobada por la jerarquía católica se consideraba aceptable, y la consigna que circulaba era “solo la verdad tiene derechos”, que quería decir: solo nosotros tenemos la razón, y para imponer nuestra visión tenemos la fuerza. Hemos visto ya un caso particular de esta intolerancia, en particular dirigida contra Ortega y Gasset y sus seguidores, en la reseña arriba mencionada. Aquellos aspectos del desarrollo de la filosofía que no fueron favorecidos por la escolástica, como la lógica simbólica, sufrieron en España un atraso de varias décadas e incluso siglos; la primera traducción española de la obra pionera de George Boole *Análisis matemático de la lógica* (1847) tuvo que esperar hasta 1979. Otros ejemplos de esta manera de imponer una visión filosófica particular son bien conocidos. En la Alemania nazi el filósofo oficial, Alfred Rosenberg, se nutrió de una larga serie de obras y autores: Fichte, Hegel, Treitschke y, sobre todo, Nietzsche (Rosenberg 2015:275-6) para crear el sistema de ideas que se impuso mediante la educación y la propaganda. Los nazis suprimieron otras visiones filosóficas; en particular los marxistas y los positivistas fueron violentamente perseguidos. En la Unión Soviética solo el materialismo dialéctico se consideraba aceptable; cualquier otra visión que a juicio de los encargados de la ortodoxia no encajase dentro de su visión de la realidad (como la teoría de la relatividad de Einstein y el psicoanálisis de Freud) fueron víctimas del rechazo, lo que significó a veces la muerte de quienes no se ajustaban a los mandatos del régimen. Cuando una visión filosófica se convierte por la fuerza en la única aceptable en

un país, adquiere carácter de religión con jerarquía, tribunales de la fe, herejes, cismáticos y mártires.

Durante la colonia no hubo en Costa Rica instituciones de enseñanza superior donde se impusiera como única filosofía válida la escolástica. Pero antes y después de la independencia, encontramos una imposición autoritaria en la enseñanza primaria, y más tarde en la universitaria, antes de que los liberales le quitaran a la Iglesia el control sobre la educación en la segunda mitad del siglo XIX. De una enseñanza primaria corta, centrada en la religión y con poco más que lecciones de lectura, escritura y aritmética elemental, se pasó en esa época a la primaria universal obligatoria y gratuita con amplia variedad de asignaturas, complementada con instituciones de educación secundaria reforzadas con la contratación de profesores extranjeros. La Universidad de Santo Tomás, pagada por el Estado, pero controlada por la Iglesia al ser una universidad “pontificia”, fue cerrada en 1888, aunque entre esa fecha y la apertura de la Universidad de Costa Rica en 1940 funcionaron varias facultades que otorgaban títulos profesionales, como las de derecho y farmacia. En la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX la educación costarricense siente la influencia de filósofos inspirados en Krause, de los liberales y luego del pragmatismo de John Dewey.

Es en ese ambiente en el que encaja la labor de Constantino Láscaris-Conmeno, con su interés por los presocráticos, el existencialismo y algunos autores más recientes como Sartre y Heidegger. En política Láscaris fue liberal en el sentido tradicional del término; en sus opiniones mostraba un notable escepticismo que lo llevaba a cuestionar lo que los demás aceptaban sin problema.

Cuando no se imponen por la fuerza, las ideas entran en la discusión mediante publicaciones y exposiciones orales. En este caso particular, su influencia se basó en dos aspectos: la vida personal del autor -quien llegó a ser ampliamente conocido en el país- y sus ideas, difundidas en libros, artículos, conferencia y charlas. En este sentido la

influencia de Láscaris en Costa Rica se parece a la que ejercieron en un ámbito global Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre, gracias a una presencia constante de sus libros en bibliotecas, librerías y aulas universitarias, de su voz en conferencias y charlas, y de su constante actuar en la vida cotidiana.

A su vez, Láscaris documentó en sus obras la actividad de otros pensadores en el país, entre ellas la de los seguidores del filósofo alemán Carlos Cristiano Federico Krause, procedentes de España y que tanto hicieron por mejorar la educación nacional. Entre los krausistas destaca Valeriano Fernández Ferraz. En el número 14 de la *Revista de Filosofía* se rescata un documento de puño y letra de don Valeriano, el principal promotor y exponente del krausismo en Costa Rica, con su énfasis en la libertad, la ética y el cambio social. Los comentarios de Láscaris a este documento muestran el aprecio por la labor de su coterráneo. Muchas de las ideas defendidas por los filósofos de lo que se conoció como Institución Libre de Enseñanza encajaban con la visión liberal de Láscaris, expuesta en un artículo muy importante para conocer su pensamiento político, que comentaremos más adelante.

4. Propios y ajenos

Uno de los aspectos de la influencia de alguien en su entorno deriva de su comportamiento habitual, y aquí nos encontramos con la distinción entre dos maneras de actuar. Nos referimos a la diferencia entre propios y ajenos (o entre extraños y conocidos), y el papel de cada tipo en el desarrollo de los países. En el caso que nos ocupa la historia nos lleva a otro extranjero transformado casi en compatriota y cuyas reflexiones sobre el tema se conectan con la vida y obras de Láscaris de un modo inesperado. Nos referimos a David Crocker y a su artículo sobre lo que en inglés se conoce como *insiders* y *outsiders* (Crocker 1991). Crocker vino por primera vez a Costa Rica en 1984, a participar en la VIII Conferencia Mundial de Estudios del Futuro, que tuvo lugar del 9 al 14 de diciembre en la Universidad de Costa Rica, y aquí conoció a filósofos locales y

de otros países interesados por los mismos temas a los que dedicaba sus reflexiones; de este encuentro surgió la Asociación Internacional de Ética del Desarrollo (IDEA por sus siglas en inglés) y el contacto con el ambiente local lo motivó a regresar a Costa Rica en año sabático en 1987. Entre sus múltiples actividades ese año incluyó el entrenamiento de jóvenes deportistas y la participación en la organización del I Congreso Internacional de Ética del Desarrollo, primero de una serie notable de eventos, programas y actividades que IDEA ha llevado a cabo hasta nuestros días en varios continentes. Ya para entonces Crocker estaba involucrado en los asuntos del país como uno de tantos vecinos, como un *insider*. Dos años después David asistió al V Congreso Centroamericano de Filosofía, celebrado en la Universidad de Costa Rica. Se cumplían entonces 10 años de la muerte de Constantino Láscaris, hecho que se conmemoró con el nombre del congreso, con actividades para recordarlo y con la publicación de su trabajo “Las ideas en Centroamérica de 1838 a 1970” en un número extraordinario de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Fue en ese congreso que llevó el nombre de Láscaris cuando Crocker asistió a una mesa redonda dedicada al pensamiento del filósofo hispano-costarricense en la que el público fue tan numeroso que no cabía en la sala asignada. Le llamó la atención este interés y cariño por Láscaris, se interesó por analizar el caso, y el resultado es que en su trabajo de 1991 aparecido en *Ethics and International Affairs* considera ejemplar el caso del filósofo nacido en España que llegó a ser una de las personas más conocidas y apreciadas en Costa Rica. A su vez, el artículo se convirtió en referencia obligada sobre el tema del papel de unos y otros en la evaluación del desarrollo.

Propios y ajenos, *insiders* and *outsiders*, extraños y conocidos: la terminología varía, pero la diferencia es la misma e importante. Unos y otros tienen un papel fundamental en la evaluación de la situación de un país, una región, un grupo o incluso una persona. Cuando visitamos por primera vez un lugar desconocido somos totalmente extraños, extranjeros, y

generalmente recordamos nuestra primera impresión más que otras posteriores. Los nativos se habitúan a lo que ven todos los días, y cuando alguien que llega por primera vez menciona lo que le llama la atención no siempre es bienvenido. Menos aún si el visitante intenta imponer sus puntos de vista sin preocuparse por conocer la explicación de lo que le llama la atención y sin cuestionarse su enfoque. Sin embargo, hay maneras en que el extranjero con sus primeras impresiones puede ayudar al local, con su ceguera ante lo habitual. En Costa Rica, país con una larga tradición de acoger refugiados, resulta fácil distinguir entre el extranjero que logra enriquecer con su experiencia la vida cotidiana de sus anfitriones y el que se empeña en imponer su visión y sus juicios de valor sin tener en cuenta a quienes lo acogieron ni interesarse en sus vidas cotidianas. También resulta clara la diferencia entre quienes conocen cómo encajan en el país adoptivo y los que pretenden haber aportado tanto a la nación de destino que -en su opinión- nada en su campo (sea la filosofía o el teatro, o la literatura) existía antes de su llegada. Algunos extranjeros continúan siéndolo todo el tiempo; otros pasan de ajenos a propios con provecho para unos y otros.

En muchos aspectos Láscaris llegó a conocer Costa Rica mejor que la mayoría de sus conciudadanos adoptivos; sus críticas generalmente se consideraban acertadas y aceptables (o, por lo menos, eran soportadas con paciencia) porque partían de un esfuerzo sincero por conocer los hechos, del que se derivaba el deseo de cambiarlos. Nunca se le ocurrieron las exageraciones, inexactitudes y falsedades, ni la tendencia a pontificar que hemos conocido en otros en situaciones parecidas¹¹. Todo ello explica por qué Crocker lo escogió como ejemplo en un trabajo que se ha convertido en un clásico sobre el tema del papel de propios y ajenos en la evaluación del desarrollo.

Dentro de la bibliografía lascariana el libro *El costarricense* (1975) es interesante de un modo especial al hablar del tema de la distinción que analizamos. Es difícil encontrar algún aspecto de la vida cotidiana de nuestro

país que escape al análisis, que no se limita a dar una descripción superficial, sino que busca conexiones históricas y relaciones entre aspectos. Al comienzo del libro, en las primeras líneas del Prefacio, Láscaris enuncia su propósito: no pretende halagar a los costarricenses, pero tampoco quiere molestar a todos. Hay en la obra una tesis claramente formulada: los costarricenses hemos generado un modo de convivencia basado en la libertad individual. Esto no excluye diferencias regionales y de grupos que el autor analiza con cuidado. El lector echa de menos referencias a diferencias de clase social, aunque la Costa Rica que conoció el autor tenía menos brecha entre pobres y ricos que la actual. Por otra parte, y como era de esperar, estas apreciaciones sufren con el paso del tiempo. En nuestros días la cotidianidad del país es muy diferente y una descripción de usos y costumbres sería notablemente diferente.

5. ¿Estoico o existencialista?

Cuando recuerdo a Láscaris la primera palabra que se me viene a la mente es *estoico*. Su austeridad, generosidad, fortaleza ante adversidades, indiferencia ante eventos variados e insistencia en pensar de modo independiente harían pensar en Zenón de Citio o Spinoza. Pero Láscaris se identificaba más bien con los existencialistas, en particular Sartre y Heidegger, de quienes dice (1976, 48): “La noción heideggeriana de mundo y la Ontología antropológica de Sartre son las dos acometidas pensantes de mayor riqueza”. Su preferencia en general por el existencialismo queda clara en las siguientes palabras: “[...] parto del supuesto de que el existencialismo es la filosofía del centro del siglo XX; es en mi opinión la afloración al mundo del pensamiento de la problemática de nuestro tiempo” (1962, 41).

Pero no hubo una sola versión del existencialismo, y también es obvio que Láscaris más bien apreciaba la metafísica como base de la filosofía.

Por eso me parece que Láscaris estaría de acuerdo en que lo primero que se debe mencionar en un bosquejo de su pensamiento es

algo llamado *metafísica*, y que en esto coincidiría con otros autores contemporáneos suyos como Roberto Murillo y Teodoro Olarte, aunque por supuesto los filósofos analíticos con quienes convivió mostraron su escepticismo frente a dicho enfoque. En todo caso se trata de exponer el pensamiento de un autor, no de defender los puntos de vista de quien lo expone, y no es este el lugar para referirnos a la discrepancia entre quienes consideran que la metafísica tiene un lugar privilegiado en la filosofía y quienes se preguntan cuál es el fundamento para dicha afirmación.

Por una parte, encontramos en numerosos lugares de los escritos de Láscaris la referencia a la aceptación de la metafísica como un aspecto positivo digno de destacarse en autores variados. Así, en su reseña del Congreso Interamericano de Filosofía en Canadá en 1967 aparecido en la *Revista de Filosofía*, 27, 287-290 alaba a Willard van Orman Quine en los siguientes términos “Entre los filósofos norteamericanos, deseo señalar en primer lugar al Prof. Quine, de Harvard; siempre impresiona oír a un prestigiado logicista declararse metafísico” (289). En su monumental estudio sobre las ideas en Centroamérica desde 1938 hasta 1970 aparecido en el no.65 de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* encontramos la misma valoración positiva de autores variados según sea su aceptación de la metafísica; esto lo vemos cuando se refiere por ejemplo al guatemalteco Héctor Neri-Castañeda (183) o al salvadoreño Francisco Peccorini letona (184).

Por otra parte, Láscaris escribió algunos ensayos que solo se podrían caracterizar como metafísicos, en particular dos que aparecen en *Palabras*: “La pregunta por el ser” (39-41) y “El ser de los entes” (43-52). El primero empieza diciendo:

Es clásico en Filosofía preguntarse por el ser. Es más, la pregunta por el ser constituye el meollo del filosofar. Un quedarse sorprendido ante el mundo de que el mundo sea, un extrañarse

de que las cosas sean como son, un maravillarse de que las cosas cambian, es siempre, de manera clara o de manera ilícita, un preguntarse por el ser.

Nótese que para Láscaris la filosofía es entonces un sentimiento de admiración. Este enfoque es diferente al que pretende que la metafísica es una especie de supervivencia que otorga el objeto específico a las ciencias particulares, como si la genética o la estadística tuvieran que esperar a que el metafísico les diga de qué están hablando. Esta última visión, que uno encuentra en algunos escolásticos, no es ciertamente la de Láscaris ni recuerdo haberle escuchado decir algo semejante. Su marco de referencia no es el de la escolástica tardía, sino el pensamiento de dos autores que admira en conexión con este punto: Sartre y Heidegger.

Otro aspecto fundamental en la visión del mundo de Láscaris es el liberalismo. Nunca ocultó que se consideraba liberal en cuanto defensor de la libertad individual frente a lo que consideraba intromisiones arbitrarias del Estado o de grupos y personas que actúan en nombre del Estado, en particular de quienes se consideran autorizados a salvar a los demás sin tener en cuenta a quienes dicen salvar. De nuevo recurrimos a su obra *Palabras* (1976, 63-83), donde aparece el artículo titulado “El humanismo liberal”. Se trata de un texto corto y denso; es un resumen de una conferencia. Con prudencia, Láscaris se niega a definir qué entiende por humanismo liberal, y afirma que se limita a describir lo que ya es sabido: “El liberalismo es la historia de los progresos de Occidente. Y todavía más: el liberalismo es la culminación de la historia de la civilización humana” (63). Para el autor se trata de una colección de ideas con amplias consecuencias para la organización de la sociedad, que han aparecido en épocas diferentes pero que forman un conjunto coherente. Más que un partido político, son ideas que en general (según él; quizá hoy no estaría tan seguro) han triunfado en Europa y fracasado en América Latina, aunque la ola liberal de la segunda mitad del siglo XIX

dejó cambios sociales y estructurales permanentes de este lado del Atlántico. Además, su valoración tan positiva de Europa parece olvidar que fue en ese continente donde se dieron innumerables guerras y conflictos hasta muy recientemente. En todo caso, la descripción que hace no es de *hechos*, sino más bien de *ideas* cuyo origen es el deseo de superar acontecimientos indeseables y buscar una vida mejor para todos los humanos. Solidaridad, individualidad e independencia son valores centrales en esta visión del mundo, que rechaza las dictaduras cualesquiera que sea su color político. Es obvio que el liberalismo aprecia la propiedad privada, siempre y cuando no se oponga al bien común (1976, 69), aunque Láscaris aclara que liberalismo y capitalismo son dos cosas diferentes y que las críticas al capitalismo no son necesariamente críticas al liberalismo; de ahí se sigue en su visión del asunto que autores como Marx que se oponen al capitalismo no necesariamente se opondrían al liberalismo, que a veces llama humanismo liberal. Sospecho que marxistas como Althusser no estarían de acuerdo, pero por otra parte el énfasis en la importancia del bien público o común puede ser compartido fácilmente por filósofos de variadas tendencias. Las distintas corrientes que confluyen en lo que Láscaris considera su versión predilecta del humanismo coinciden en el reconocimiento de la necesidad de la existencia y alta valoración del bien común. Esta noción -como lo menciona el autor- se remonta a Aristóteles, para quien se trata de lo que beneficia a todos. Podemos añadir que fue motivo de reflexiones por parte de los escolásticos medievales, quienes limitaron los alcances de la propiedad privada para ampliar el ámbito de lo que consideran digno de protección moral y legal.

Así pues, aunque la libertad es central en el pensamiento liberal, los hechos obligan a reconocer que se trata más bien de un ideal y de un proyecto más que de la descripción de la realidad que conocemos. Al reconocer que los seres humanos concretos en la actualidad no somos libres tanto como podríamos serlo (la libertad es un asunto de más o menos), el ideal

liberal se centra en la búsqueda de la superación de esos límites mediante un estilo de gobernar basado en el reconocimiento de derechos individuales, organizados según una jerarquía o conexión en los que unos se siguen de otros más básicos y todos sirven para garantizar la libertad. En distintos países y variadas épocas los habitantes se han opuesto a las pretensiones arbitrarias de monarcas que se creían autorizados a gobernar sin consultar a los gobernados; las ideas teóricas del liberalismo parten de esta experiencia histórica. Más universal es el rechazo a la opresión, sin el cual la historia resulta incomprensible. El liberalismo “no tiene padre” pues existen varias versiones, una de ellas claramente formulada en Inglaterra por filósofos como John Locke; en este trabajo Láscaris deja abierta la posibilidad de continuos avances teóricos y prácticos en la concepción liberal de la sociedad.

Lo anterior nos lleva a una pregunta inevitable: ¿fue Láscaris el ideólogo de la derecha política en Costa Rica? Nuestra respuesta es negativa y procederemos a explicarla. Obviamente la acusación procede de algunos profesores universitarios y la ubicación de las ideas según el mapa político de dichos autores sería la siguiente: a la izquierda el marxismo, a la derecha el liberalismo por un lado y el positivismo por otro, considerados la defensa intelectual del capitalismo. También es obvio que en uno y otro caso hay que hacer distinciones: en las décadas de los sesentas y setentas del siglo pasado dentro del marxismo político había ya un cisma entre los partidarios de la Unión Soviética y los seguidores de Mao, mientras dentro del marxismo teórico florecían las controversias sobre el sentido, contenido y futuro del pensamiento de Marx. En particular las ideas de Althusser sobre el carácter científico del marxismo (en cuanto opuestas a una interpretación “humanista”) habían provocado discusiones a veces acaloradas entre marxistas locales. Dentro de la derecha, es bien conocida la diferencia entre la vertiente económica conservadora (con su valoración del mercado) y la social, con su preferencia por valores tradicionales religiosos.

Láscaris fue liberal en el sentido tradicional del término, no en el sentido más reciente. Como Locke, Stuart Mill y los liberales de la segunda mitad del siglo XIX en países como España y Costa Rica, luchaba contra la intolerancia, la intromisión estatal en asuntos de los individuos y en defensa del bien público. En sus escritos la libertad es el valor más importante que rige la vida humana, y de ella se derivan los derechos individuales que enumera y analiza en sus obras. Pero en ninguna parte hemos encontrado la defensa de las tesis asociadas con el liberalismo más reciente, generalmente conocido como neoliberalismo: austeridad fiscal, privatización, desregulación. Cuando se menciona a Láscaris no es para proponer la eliminación de instituciones estatales que han perdido su rumbo, o para defender la necesidad de un aparato estatal reducido. Se le menciona en conexión con la liberación de la educación -víctima del pedagogismo- o del individuo frente a las intromisiones del Estado. Ninguno de los que se oponen por principio a todo impuesto nuevo, o de los que proponen la privatización del mayor número posible de instituciones estatales, suelen aducir en su favor citas de Láscaris, a pesar de las críticas que dirigió el filósofo a algunas de esas instituciones.

Incómodo para cualquier grupo político o ideológico que quisiera contarle entre sus miembros, Láscaris siempre se reservó el derecho de disentir públicamente. En eso y en su aspecto físico se pareció a Bertrand Russell. Crítico implacable de la opresión británica a Grecia en el pasado y a Chipre en sus días (1976, 101s), así como de las intervenciones de Estados Unidos en Nicaragua, Vietnam y otros países (1983, 131), no encontramos en él la retórica habitual anticapitalista del marxismo o la de la teoría latinoamericana de la dependencia. Admirador de Sandino (1983, 141) y defensor del sandinista Carlos Fonseca Amador (1983, 13), tiene en cambio una opinión más bien irreverente del Che Guevara (1983, 123,125).

Láscaris murió pocos días antes del triunfo de la rebelión contra el régimen de Somoza en Nicaragua. En sus comentarios de

televisión atacó a dicho régimen, pero también mostró sus reservas en relación con los sandinistas. Los años le dieron la razón.

Notas

1. La profesora Ana Lucía López Villegas (+2011) y yo encontramos el cadáver de Láscaris en la mañana del viernes 6 de julio de 1979 en la casa que había alquilado unos meses antes en Mercedes de Montes de Oca. Estaba en la cama; en el garaje encontramos los periódicos de miércoles, jueves y viernes. Por este detalle, por el avanzado estado de descomposición, y por su ausencia en el programa de televisión del martes por la noche en el que tenía un espacio, se puede deducir que la muerte tuvo lugar entre el martes 3 y el miércoles 4.
2. Algunas anécdotas, como la del ofrecimiento para ayudar a un estudiante que pensaba retirarse de la universidad por problemas económicos, son enteramente verosímiles. Otras no lo son tanto. Algunas tienen que ver con su manera poco cuidadosa de vestir, como aquella de la ovación que le dieron sus estudiantes un día que llegó con un traje nuevo; se supone que contestó diciendo que en Costa Rica no se distinguía entre un estadio y un aula. Se dice que era tan conocido que bastaba preguntar a cualquier taxista para ubicar su casa en San Pedro de Montes de Oca, cerca del famoso árbol conocido como El Higuerón, donde vivió muchos años. Sus conferencias radiales eran muy atractivas; tenía una voz suave muy persuasiva y reconfortante. Con la llegada de Láscaris al país también coincide el inicio de operaciones de la Radio Universitaria; sus conferencias una vez por semana en la noche tenía numerosos radioescuchas entre estudiantes universitarios, de secundaria (como en mi caso) y público en general. Las anécdotas de sus clases universitarias coinciden con su énfasis en hacer que sus estudiantes pensarán por su cuenta. Flaco, austero y sencillo, Láscaris fumaba mucho, comía poco, no tomaba licor y era muy aficionado al chocolate espeso y humeante. Su afición a la pesca lo llevó a conocer rincones del país desconocidos para la mayoría.
3. El libro que más se aproxima a esta condición es *Palabras* (1976) por los ensayos sobre metafísica, liberalismo y otros temas propiamente filosóficos. Pero también incluye otros trabajos sobre temas más bien periodísticos.
4. A quien repetidamente llama “divino”, por ejemplo, en (1957a, 23 y 1957b, 86).
5. Para su opinión sobre el pragmatismo ver (1976:85-96), para los hegelianos (1983, 79).
6. He tomado estos datos de Sancho (2017).
7. Agradezco la ayuda del Dr. Alexander Jiménez Matarrita en la recopilación de los datos que se incluyen aquí. También me ha sido de gran utilidad su “Índice de libros filosóficos publicados en Costa Rica de 1940 a 1996”, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 87.
8. Así queda claro en “Mi primer testamento” (1967, 19 y 1976, 7-16), en el que se indica el año 1956.
9. Fue una llamada telefónica del canal a la Escuela de Filosofía (de la que era yo director), preguntando sobre Láscaris debido a su ausencia en el programa del martes 3 de julio de 1979, la primera indicación de que algo andaba mal.
10. El primer número de *Prometeo* apareció en diciembre 1974 y se presenta como Cuadernos del Instituto de Teoría de la Técnica de la Universidad Nacional de Costa Rica. Está dedicado a Marconi (1874-1974) con artículos de Giuliana Vicarioli, Santiago Manzanal, José Luis Ruiz y Elliot Coen. El segundo número es de diciembre 1975 y aparece como director Constantino Láscaris. Incluye artículos sobre jade precolombino, unidades de medida, ciencia y técnica de Galileo, construcción económica, *homo faber*, amenaza nuclear y una traducción de un texto de Leucipo hecha por Láscaris.

11. La lista es larga, desde el refugiado que vivió bajo una sangrienta dictadura militar y que proclama que Costa Rica también es una dictadura, hasta el que dice que nuestro país está en la misma situación que Alemania en 1939 o que en Costa Rica no hay equipos de fútbol, partidos políticos, actores de teatro, ensayistas, ni filósofos.

Bibliografía

Boole, G. (1979) *El análisis matemático de la lógica*. Madrid: Cátedra.

Crocker, D. (1991) Insiders and Outsiders in International Development Ethics, en *Ethics and International Affairs*. 5, 149-174.

Descartes, D. (1961) *Discurso del método*. Traducción e introducción por Constantino Láscaris-Comneno. Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.

Facio, R. (1957) Dos palabras sobre la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 1,3-6.

González, R. (2009) Extrañamos tanto a Constantino Láscaris, en *Soho*, 32, 52-53.

Jiménez, A. (1997) Índice de libros filosóficos publicados en Costa Rica de 1940 a 1996, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 87.

Láscaris, C. (1957a) Mi primer testamento, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 1, 19-26. Aparece también al comienzo de *Palabras* (1976).

Láscaris, C. (1957b) Reseña de Tovar, Antonio, *Un libro sobre Platón*. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 1,86.

Láscaris, C. (1962) *Desarrollo de las ideas en Costa Rica*. Editorial Costa Rica. Hay una segunda edición actualizada en 1975. La Editorial Studivum de la Universidad Autónoma de Centro América publicó una reedición de la de 1975 en 1983, con un cambio en el título, *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*.

Láscaris, C. (1962) Pascal existencialista, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 12, 417-424.

Láscaris, C. (1970) *Historia de las ideas en Centroamérica*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana.

Láscaris, C. (1975) *El costarricense*. Costa Rica: EDUCA.

Láscaris, C. (1976) *Palabras*. San José: Editorial Costa Rica.

Láscaris, C. (1983) *Cien casos perdidos*. San José: Editorial Studivum.

Láscaris, C. (1989) Las ideas en Centroamérica de 1838 a 1970 en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 65.

Rosenberg, A. (2015) *Diarios 1934-1944*. Barcelona: Crítica.

Sancho, C. (2017) *Eugenio Láscaris Comneno: el aragonés que pretendió el trono de Grecia*. Zaragoza, Cuadernos de Aragón, no.70.

Recepción: 29.04.20

Fecha de aprobado: 15.06.20